

que distrae nuestro espíritu, embarga nuestro corazón, y nos expone á infringir de mil maneras la ley de Dios. ¿De qué se acusa en el Evangelio al Rico Avariento, sino de haber sido aficionado á los goces del paladar, de haber celebrado banquetes espléndidos? *Epulabatur quotidie splendide*. Sin embargo, esto es lo que muchísimos hombres tienen á vanagloria, sin considerar las tremendas consecuencias que puede acarrearles en la vida futura. Por esto he dicho, poco hace, que la intemperancia pone en gran riesgo la salvación del alma, no solo por los pecados que ocasiona, sino también por lo difícil que es, el corregirse de este vicio.

Con efecto; ¿hánse visto muchos intemperantes, que hayan sacudido el yugo de su pasión? En vano se les hace ver, cuán grande es la fealdad del vicio que les domina, y cuán terribles sus resultados: lo reconocen, lo confiesan, pero, por esto no se enmiendan. Rehusan cuantos remedios se les proponen para extirpar su mala costumbre; se abstienen de los sacramentos, porque saben que, para recibirlos, es necesario enmendarse y huir las ocasiones de pecar; y si postrados á los pies de un confesor, prometen no volver á incurrir en el pecado, lejos de ser constantes en su propósito, sucumben á la primera ocasión que se les presenta.

Concluyamos, hermanos míos, pues, creo haberos dicho lo bastante, para hacerlos aborrecer un vicio tan indigno de un cristiano y de un hombre cuerdo. Si en algo apreciáis la salvación de vuestra alma, procurad evitarlo á toda costa. Comed y bebed, no para satisfacer los estímulos de la sensualidad, sino para conservar las fuerzas y la salud del cuerpo; siguiendo en esto el consejo de san Agustín, cuando dice, que debemos mirar los alimentos como las medicinas, de las cuales no tomamos más que lo necesario para curar nuestras dolencias. Cuando os veáis precisados á tomar parte en algún banquete, procurad evitar todo exceso, comiendo con moderación, y según las necesidades de vuestra naturaleza; á cuyo fin será bueno, que, durante la comida, penseis que estais en la presencia de Dios, ora, considerando que Jesucristo nuestro Señor tuvo que apagar su sed con hiel y vinagre, y que mal se avendría vuestra delicadeza con su vida mortificada; ora, pensando en el hambre y la sed que los condenados padecen en el infierno en castigo de su intemperancia. Por último, después de haber comido, dad gracias á Dios por el beneficio que os ha hecho, dándoos con que satisfacer vuestra hambre; y en todos casos, observad fielmente aquella máxima del grande Apóstol: *Si comeis ó si bebeis, hacedlo todo á gloria de Dios: Sive manducatis, sive bibitis, omnia in Dei gloriam facite* (I Cor. x). De esta manera, tendreis

algún día la felicidad de ser admitidos al banquete eterno, que Dios os prepara en el cielo. Amen.

Véase: GULA y EMBRIAGUEZ.

INTERÉS; véase: CIEGO DE NACIMIENTO.

INUNDACIONES; véase: CARIDAD POR LOS DESASTRES DE UNA INUNDACION; y CALAMIDADES PÚBLICAS.

IRA; véase: CÓLERA.

## INTENCION.

(LA BUENA)

*Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete.*

Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos y nada hemos cogido: no obstante sobre tu palabra echaré la red.

(Luc., v, 5.)

Cierto pescador humilde se encaminó con sus redes á la playa: después de haber perdido el sueño y el reposo, de trabajar y sudar toda la noche, de exponerse á los aires, á las borrascas y á las olas... echó cien veces las redes al mar, y otras tantas las sacó sin pesca alguna. ¿Quién, hermanos míos, no se condele de la suerte de ese pobre Pedro? Sí, cierto, esto da angustia y pena; sin embargo, guardemos esta consideración para nosotros mismos; porque, ¡ay de mí! ¡cuántos son los que, en el proceloso mar del mundo, trabajan mucho y se fatigan más, que sudan, y son el blanco de toda suerte de adversidades, sin que de todo ello les venga provecho alguno? Maneja el rey el cetro, su espada el soldado, el mercader el metro, la aguja el sastre, el escribano su pluma, su libro el estudioso, el la-

brador su arado: ¿qué beneficio les reporta? Las más veces, ninguno. Casi todos los hombres, cuando llegan al fin de su peregrinacion, se ven obligados á confesar, que, como Pedro, trabajaron inútilmente: *Per totam noctem laborantes, nihil cepimus.*

La inutilidad de su trabajo, hermanos míos, proviene, de que, al igual de Pedro, echaron su red durante la noche; no trabajan en compañía de Jesucristo, el rey de la luz: no elevan sus acciones hasta la altura donde se hacen santas. Quizás, han hecho buena y abundante pesca, al decir del mundo; pero, su red se ha encontrado, al final de todo, enteramente vacía de los méritos que enriquecen para la otra vida: *¡Nihil cepimus!*

Evitemos, por nuestra parte, hermanos míos, tal desgracia: esto es más fácil de lo que parece á primera vista. No se trata de hacer maravillas; las acciones más vulgares pueden ser dignas de la vida eterna, si se tiene el cuidado de elevarlas con intencion verdaderamente cristiana. Jesucristo no le dijo á Pedro: Cesa, no pesques ya más; sino que le invitó á separarse de la costa y á internarse mar adentro: *Duc in altum.*

Hé aquí, pues, todo el misterio: se trata de hacer lo mismo que hacemos todos los dias; pero, de hacerlo de otra manera. Puede decirse, que hay cierto artificio cristiano, por medio del cual se transforman las acciones, y que consiste en estas cuatro cosas:

- 1.<sup>a</sup> Proponerse, en todas las acciones, agradar y servir á Dios.
- 2.<sup>a</sup> Obrar en union con Jesucristo.
- 3.<sup>a</sup> Desear hacer más de lo que se hace.
- 4.<sup>a</sup> Llamar en auxilio la gracia divina.

Y por este método, tan sencillo, se separa uno de la costa y se interna mar adentro; por este método, las acciones más triviales, más comunes, se revisten de cierto carácter de sublime elevacion. Me ocuparé en demostrar los cuatro puntos indicados, despues de haber pedido los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es menester, desde luego, en todas nuestras acciones, obrar únicamente por Dios. Nosotros hemos sido criados por Dios, él es nuestro fin. De donde se sigue, que todas las potencias de nuestra alma, y las facultades mismas de nuestro cuerpo, no tienen ejercicio legitimo, sinó cuando se refiere al Criador. Cada vez, pues, que nuestros actos, cualesquiera que ellos sean, no tienden hácia ese fin, son inútiles; y si van contra ese fin, son malos.

Acaso, algunos se preguntarán, si estos actos no son demasiado humildes para que puedan ofrecerse á la divina majestad; si los di-

versos quehaceres de un doméstico, de una sirvienta, como la accion de comer, beber, dormir, hilar, arar y otros, pueden ser convenientemente dirigidos hácia tan noble fin. San Agustín va á responder por mí: no mireis, nos dice este Padre, lo que el hombre hace, sino á lo que, durante su accion, aspira: *Non attendas quid homo faciat, sed quid, cum facit aspirat* (IN PSALM. XIII).

Crear, que no se llega á la santidad sino por obras sublimes, admirables, heróicas; seria un error, tan craso, como perjudicial. La santidad depende ménos de la obra, que del obrero. Vuestras obras, por vulgares que sean, bastarán para una santidad eminente, con tal, que las ejecuteis con la perfeccion que les es propia. ¿Acaso, no habeis leído en las Escrituras, el elogio de la mujer fuerte? ¿De qué se la alaba? ¿Poseia un alma guerrera, como Débora? ¿Por ventura, como Jael, dió muerte á un general enemigo? ¿Libertó su patria, como Judith? Nada de eso: toda su vida la pasó manejando la rueca, la lana, el lino, reanimando la lámpara y vigilando sus domésticos: hizo bien lo que hizo; y hé ahí, porque las santas Escrituras la declaran llena de mérito y muy santa.

Lo que Dios pide de nosotros, es: que hagamos bien las cosas de nuestra incumbencia. Muéstrate excelente en todas tus obras, nos dice el Eclesiástico: *In omnibus operibus tuis præcellens esto*; lo que prueba, una vez más, que el agente es quien da á la accion su verdadero carácter. Siendo así, pues, ora os ocupeis en labrar ó sembrar la tierra, ora le deis vueltas al uso; ora lleneis esos mil deberes, tan insignificantes en apariencia, que reclama el buen gobierno de una casa; haced todas esas cosas por Dios; que lo que de esta suerte hicieris, no será pequeño, sinó, por el contrario, elevadísimo y sublime.

San Ambrosio observa, que, cuando la transfiguracion de Cristo, Elias y Moisés, que le acompañaban, resplandecian en una gloria igual. Comparad, sin embargo, la mision de estos dos excelsos hombres durante su vida: Moisés fué el vicario de Dios en Egipto, el caudillo de su pueblo, el brazo de su poder, á la vez, profeta y legislador. Elias habitó los desiertos; tuvo, á menudo, falta de pan, y buscó un asilo en los antrós de las fieras. Esta diferencia, notadlo bien, existe para los hombres, no para Dios. Las obras, dice, á este propósito, san Ambrosio, ennoblecen, no por sí mismas, sino por el sentimiento que las anima: *Operationes bonæ commendantur, non ex nobilitate actionis, sed ex affectu.*

2. Despues que, hermanos míos, de esta manera hayais dirigido vuestra accion á Dios, no os detengais: alejaos algo más de la costa:

*Duc in altum.* Hay un medio para hacer que nuestras obras sean todavía más excelentes: unirlas á las de Jesucristo, las cuales darán á las nuestras un mérito superior.

El hombre, por sí solo, es muy poco, ó nada. Todo lo que de él proviene, participa de su naturaleza frágil y mezquina. ¿Qué hacer, pues? Ocultar nuestros pobres harapos entre las espléndidas vestiduras de Cristo: *Induimini Jesum Christum*. El jóven Jacob, por consejo de su madre Rebeca, tomó los hábitos de su hermano Esaú, y obtuvo de este modo la bendicion, junto con la herencia de su anciano padre; lo cual inspiró á Esaú un odio terrible hácia el hermano, que le habia suplantado. No temamos, hermanos míos, cosa igual de Jesucristo, si nos vestimos con sus preciosos vestidos; muy al contrario, hallará en esto satisfaccion; y así que su Padre sienta la fragancia de estos vestidos, *vestimentorum illius fragrantiam*, nos otorgará la bendicion, que por nuestros méritos no podemos merecer: *Gratificat in dilecto Filio suo*. Nuestras obras, es verdad, son en extremo defectuosas; participan de todas nuestras miserias; pero, unidas á las obras de Jesucristo, adquieren un valor infinito. Así, el oro oculta sus filones en las entrañas de un mineral de ninguna estima, y cien yerbas saludables ahondan sus raíces en cenagosa tierra.

Unámonos, pues, á Jesucristo, nuestro divino Maestro en todas nuestras acciones: exaltadas de esta suerte, ó por mejor decir, divinizadas, tendrán á los ojos de Dios un valor, que ningun cálculo humano podrá apreciar!

3. Necesitamos todavía ir aún más léjos: *Duc in altum*. Viendo lo poco que nosotros podemos hacer, y lo que realmente hacemos por Dios, nos es preciso, hermanos míos, dilatar nuestro corazón, con el deseo de hacer más. Por ejemplo: habeis oído, que un pecador arrepentido se ha arrojado á los piés de Jesucristo; desead que sean mil los que hagan esto mismo: vuestra salud delicada exige ciertas atenciones; desead, no obstante, ocasion de poder mortificaros, de ayunar: estais encadenados por un yugo cualquiera, en cierto lugar; pues desead ocasion de sembrar por todas partes la palabra de Jesucristo, y de conducir á Dios, si posible fuera, el mundo entero: os tomáis una pena, os fatigais de mil maneras; desead poder hacer aún más: dais al indigente vuestro pobre óbolo; desead poder darle cien veces más. Estas santas y buenas intenciones, Dios las acepta como obras ya realizadas. Dios sabe, nos dice san Agustín, que vosotros habeis querido; pero, que no habeis podido, y os lo tiene en cuenta: *Scit quia voluisti et non potuisti, et sic te annotat* (SERM. CCXX).

¿No es verdad, hermanos míos, que las flores, hasta sin fruto, nos causan siempre alegría? Los santos deseos de una alma, que ama lo bueno, y desea lo justo, aunque el efecto no les acompañe siempre, son como otras tantas flores, en cuyo perfume Dios se deleita. Perteneces este pensamiento á un autor eclesiástico, cuyo nombre nos es desconocido: *Voluntates bonæ sic suaves sunt apud Deum, quemadmodum apud homines odoriferae flores*.

Traed á la memoria la graciosa parábola de los trabajadores enviados á la viña. Los trabajadores, que fueron á última hora, recibieron el mismo salario que los primeros, porque, si éstos habian trabajado más, los otros habian deseado trabajar tanto como ellos.

Pero, puesto que tenemos que habérmolas con tan buen maestro, no váyamos á encerrarnos en nuestra obra, como en su concha la tortuga; dilatemos nuestros corazones: *Dilata locum tentorii tui*: por esta dilatacion, nó por la obra, medirá Dios el mérito adquirido.

4. Estos tres medios, hermanos míos, que os he indicado rápidamente, son infalibles; pero, suponen otro medio, que les da fuerza y eficacia, esto es; que debemos recomendar á Dios nuestra accion, para que, con el auxilio suyo, podamos llevarla á feliz término sin flaqueza, sin impaciencia, sin disgusto, ni vano amor propio. Nada más difícil que expresar hasta que punto somos miserables y frágiles; nos parecemos á los niños, á quienes sus madres ponen andadores: si la mano de Dios nos abandona, un solo momento, nuestra caida es segura. Esto no es propio de un solo hombre, sino de todos, y aún de los más encumbrados.

El profeta Elías, blanco de las persecuciones de la impía Jezabel, sintió que, en este punto, le faltaban las fuerzas; y, en su flaqueza, deseaba morir: *Sufficit mihi Domine, tolle animam meam*. ¡Ah! ¿Qué se ha hecho ese hombre prodigioso, que llenaba de sus milagros el cielo y la tierra, y parecia tener imperio sobre los elementos? ¿Cómo! ¿es posible, que se muestre tan débil y tembloroso ante las amenazas de una depravada mujer? El espectáculo de esta debilidad nos enseña, lo que nosotros mismos somos. Imaginaos, de una parte, al Profeta, obrando milagros, y de la otra, sucumbiendo á su flaqueza, y escuchad en seguida á san Gregorio: Elías conocia por sus prodigios, nos dice, lo que habia recibido de Dios; y por sus flaquezas, lo que podia por sí mismo: *In illis virtutibus, Elias quid à Deo acceperat; in istis infirmitatibus, quid de seipso poterat, agnoscebat* (GREG. NAZ. VI).

No cabe ya dudarlo: nosotros no somos más que pobres y débiles cañas; por lo mismo, es para nosotros del mayor interés, que Dios

venga en nuestro auxilio. La Iglesia lo conoce tan perfectamente, que empieza la mayor parte de sus oraciones, invocando los auxilios de esta divina asistencia: Señor, venid en mi auxilio, exclama: *Deus in ad jutorium meum intende!* No temais, amados hermanos, molestar al Señor con esta invocacion; por el contrario, reiteradla muy á menudo; él os ama, y desea, por consiguiente, entrar á la parte, en todo cuanto practicais. ¿Qué amigo, qué verdadero amigo, se cansa de ayudar á otro amigo suyo, en sus negocios? Nó; no ceseis, pues, de clamar á Dios: «¡Dios mio, venid en mi auxilio! ¡Dios mio, dignaos socorredme! ¿Por qué tardais, Señor? ¿no sabeis, que mi única esperanza está en vos?»

Tal es, hermanos míos, el arte tan sencillo—deberia decir, tan fácil—de transformar todas nuestras acciones: La buena intencion es la que hace este milagro. La buena intencion, si me atrevo á decirlo, es la verdadera piedra filosofal, que transforma en oro todo cuanto practicamos. Si, pues, nos hallamos en semejante indigencia espiritual, á nadie más que á nosotros mismos debemos quejarnos. ¡Ah! ¿podríamos ser tan ricos! Por esto ha dicho la eterna verdad: «No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orin y la polilla los consumen; y donde los ladrones los desentierren y roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo; donde no hay orin, ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben» (MATTH. VI, 19).

Nosotros conocemos ahora, hermanos míos, el medio de amontonar esos tesoros, de que habla el Divino Maestro: ese medio consiste, en practicar bien todo aquello que debemos practicar, es decir, practicarle por Dios y en union de Jesucristo, su Hijo. Notad cuanto, si tenemos perseverancia, aumentará nuestro tesoro. Cada accion nueva añadirá algo á él, y de esta manera, al fin de la vida, podremos regocijarnos, por haber hecho, surcando el proceloso mar de este mundo, una preciosa pesca! Amen.

---

## INTOLERANCIA.

(LA)

---

*\* Si quis venit ad vos, et hanc doctrinam non affert, nolite recipere eum in domum, nec Ave ei dixeritis.*

Si viene alguno á vosotros, y no trae esta doctrina, no le recibais en casa, ni le saludeis.

(II. JOANN. 10.)

La Iglesia es la columna inmutable y el constante apoyo de la verdad en el mundo; pero, al defender la verdad, ¿obra siempre con un espíritu digno de Dios? No lo cree así el mundo racionalista. Basta que la Iglesia se niegue á transigir con el error, para que la mire como una autoridad feroz. Ya, por un juicio equivocado sobre sus íntimas disposiciones, le atribuye en favor de sus doctrinas, y contra los que no las adoptan, un fondo de amargo celo y de envidia inexorable, que tendria por objeto nada ménos, que la opresion universal de las conciencias; ya, extraviado por falsos principios, se llena de indignacion, porque ella invoca algunos derechos, que llama tiránicos, y que son puramente austeros, como ciertas atribuciones de la magistratura; ya, por equivocadas apreciaciones de su historia, ó condena como odiosos ciertos actos de severidad, que no fueron sino actos vigorosos y legítimos, ó bien pretende atribuirle su parte de responsabilidad de no sé qué dramas sangrientos, de que puede, sin embargo, justificarse completamente en presencia de la humanidad. En una palabra, la persigue en sus instintos y en su conducta, calificándola de *intolerante*; y, por esta acusacion, tan mal definida, como mal justificada, se llega casi á dar á entender, que ella no es en este mundo más que una especie de minotauro, siempre dispuesto á devorar sus víctimas á la mayor gloria de la verdad, de la que se dice depositaria.

Hoy nos proponemos disipar la injusticia de tales prevenciones, separar, respecto al objeto á que se refieren, las tinieblas, de la luz; reducir la intolerancia de la Iglesia, como sentimiento, y como hecho,